

CAPÍTULO III.

Personal de la regencia.—Su moderacion.—Elogio de la intervencion por un ex-ministro de Juarez y critica de su propia situacion.—Comision para ofrecer la corona al archiduque.—Algunas medidas de la regencia.—Tratado con Francia sobre las minas de Sonora.—Cuestion de bienes eclesiásticos.—Produce la disidencia entre los regentes.—Exito de las operaciones militares.—Entusiasmo por los franceses.—Gobierno de Juarez.—Regreso de los obispos desterrados.—Llegada y reembarque de Santa-Anna.—Regreso a Francia de Forey como mariscal.—Su opinion sobre la voluntad del país.

La eleccion de las personas que componian la regencia era acertadísima. El general Almonte nos es ya conocido por sus servicios, probidad y abnegacion, y por el aprecio con que se le veia en Europa. El Sr. Labastida, arzobispo de México, gozaba de mucha popularidad por su virtud, saber, sufrimientos y por una ilustracion que le hacia amar el progreso, tal cual esta palabra debe entenderse. El anciano y honrado general Salas, tan lleno de años y de servicios, era muy respetado en el ejército y en todo el país. Al instalarse la regencia, se encontraba desterrado en Europa el Sr. Labastida, por lo que le reemplazó por poco tiempo el señor obispo Ormaechea. Desde la instalacion de este nuevo poder mani-

festó su política expansiva y de conciliacion. Lejos de ocuparse en perseguir á los enemigos y de satisfacer venganzas, la regencia no molestó á nadie, ni permitió que se le molestase. Teniendo de su parte la opinion y la fuerza, sabia que nada podia temer, por muy arrojados que fuesen los que intentasen turbar el orden. Su deseo era abrir la puerta con su moderacion á aquellos que, desengañados de sus errores, quisiesen unirse á la obra comun, sin pedirles cuenta de su pasado, con tal de que se adhriesen de buena fé. Se trataba de formar un gran partido nacional, dentro del cual cabian todas las aspiraciones, si se queria reconocer el cambio de gobierno, único remedio que, con el milagroso auxilio de la Europa, podia ya salvar la nacionalidad mexicana. La regencia al obrar así, satisfacía además el voto de los gobiernos de Europa, que todos aconsejaban la conciliacion, y con cuya idea todos estábamos de acuerdo. Lo que todos queriamos era que poco á poco se fuesen admitiendo en nuestro seno á los hombres que lealmente se nos uniesen y que diesen pruebas de su sinceridad, hasta acabar con la division que nos affigia. Pero nunca fué nuestro intento entregarnos maniatados, so pretexto de reconciliacion y de libertad, á nuestros enemigos, para que, una vez apoderados de los destinos públicos y cubiertos con el manto del imperio, pudiesen á mansalva introducir el desorden y la descomposicion.

La regencia siguió el camino que convenia; y tan notorio fué esto, que el general Basadre dirigió entonces desde San Luis Potosí, adonde Juárez se habia refugiado, una carta á un amigo suyo, que la leyó á los regentes, en la cual escribia «que Juárez decia que la regencia le hacia mas daño con esa moderacion que con sus ejércitos.»

Pero el elogio mas cumplido é imparcial que puede hacerse de los bienes que produjo la intervencion, al mismo tiempo que la crítica mas severa del gobierno republicano, se debe al Sr. Zamacona, amigo y ex-ministro de Juárez, que no reconoció nunca al imperio, y que, sin embargo, tuvo el valor y la buena fé de escribir á su amigo y gefe una carta en 15 de Junio de 1864, publicada por su autor en estos dias: en ella decia «que los amigos del gobierno republicano no podian menos de impresionarse al ver cómo han venido á ser una realidad los planes y las esperanzas de la intervencion, que hace un año provocaban su risa y apellidaban quimeras; cómo el invasor se habia extendido por el país estableciendo inmensas y no interrumpidas líneas militares; cómo habia tenido reposo para ocuparse en trabajos propios de tiempos eminentemente pacíficos; cómo habia restablecido la línea telegráfica desde Querétaro á Veraacruz, ligándola con un ramal á Chalchicomula; cómo habia hecho avanzar hasta Paso Ancho los trabajos del camino de hierro; cómo

habia conseguido restablecer la seguridad en las principales vias; cómo habia ido alucinando á algunas poblaciones; cómo se habia captado la confianza del público, que pone en sus manos conductas de caudales, cómo no se habian visto en mucho tiempo; cómo iba atrayendo en derredor suyo á algunos miembros del partido independiente; cómo ganaba terreno en las cortes extranjeras y en el crédito bursátil, hasta el punto de que el hermano del emperador de Austria se decidia á ocupar el trono, y que aun el sesudo rey de los belgas inducia á su hija á ceñir la corona mexicana, y que los banqueros de París y Londres abrían sus arcas al nuevo imperio. Y la impresion se hace mas profunda, añadia Zamacona, cuando el cuadro que precede se coloca junto al que presenta *el gobierno nacional*. Hasta el ministro de los Estados Unidos ha abandonado el país, y dígase y créase lo que se quiera, estoy seguro de que no se ha llevado impresiones favorables sobre la situacion del gobierno. En el interior hemos perdido los centros importantes de población. Hemos dejado los ánimos en términos de facilitar la conquista moral de la intervencion: *las poblaciones bendicen al cielo cuando salen de ellas los defensores de la independencia*. A los reclutas, entre los cuales se cuentan personas de cierta posicion, se les trata como á forzados, amarrándolos á una cuerda... Sobre la autoridad hay muchas co-

sas capaces de dar al traste con el prestigio del gobierno mejor cimentado.... En Monterey se acaba de alzar el espectro sanguinario de la ley de 25 de Enero.... Pueden contarse con los dedos de una mano las personas que forman hoy el círculo inmediato del gobierno.»

¿Qué amigo de la intervencion ó enemigo del gobierno de Juárez habria escrito justificacion mas completa de la una y acusacion mas fuerte del otro? Una de las primeras medidas de la regencia fué naturalmente el nombramiento de una comision que llevase al archiduque Maximiliano el decreto de la asamblea de notables, y al emperador Napoleon el voto de gracias de la nacion. Fueron elegidos los Sres. Gutierrez de Estrada, Velazquez de Leon y Aguilar, antiguos ministros; Hidalgo, antiguo encargado de negocios; el general de division Woll, el conde del Valle y los Sres. Escandon y Landa, propietarios; el Sr. Miranda, cura de la primera parroquia de México; y el Dr. Iglesias, secretario. Un momento se pensó en nombrar al Sr. Lares, presidente de la asamblea de notables, para que presidiese esta comision; pero se tuvo luego en cuenta para nombrar al Sr. Gutierrez, que desde 1840 habia iniciado la cuestion de monarquia y sido desterado por ella.

Las principales disposiciones de la regencia durante su mando, fueron el restablecimiento de la

Orden de Guadalupe, creada por Iturbide; junta de revision del ejército; establecimiento del tribunal de justicia; nulidad de los contratos que hiciera el ex-gobierno republicano; decreto sobre la prensa, y prohibicion de la leva.

Pero los dos asuntos mas árdulos de que se ocupó la regencia, fueron el tratado sobre un privilegio á Francia en la Sonora y la cuestion de los bienes eclesiásticos. Respecto al primero, cuando algo traspiró de él en el público, no faltó quien dijese que la Sonora quedaba cedida á la Francia. En lo cual habia un gran error, pues ni á la Francia se le ocurrió pedir aquella provincia, ni á la regencia ofrecerla. Lo que se convino entre esta y aquella fué conceder el privilegio á una compañía francesa para que beneficiara las minas de aquella provincia, no amparadas, ó las que descubriese y denunciase conforme á las antiguas ordenanzas de minería. Esta concesion era ventajosísima, especialmente para México, pues aquellas riquezas eran improductivas, mientras que una colonia que las beneficiase, ademas de pagar fuertes sumas al gobierno de México, traeria la ventaja, mucho mayor, de formar allí una barrera de raza latina, que no corria riesgo de confundirse con la anglo-americana, como sucedió en la frontera de Texas, cuyo territorio se perdió por haber sido colonizado por los americanos del Norte. El archiduque no aprobó ese tratado.

La cuestion de los bienes eclesiásticos fué mas grave y causó la retirada de la regencia del señor arzobispo. Los otros dos miembros de ella creian que, puesto que se habian aceptado los hechos consumados, debia seguir la circulación de los *pagarés* de los adjudicatarios de los bienes de la Iglesia en la venta hecha por el gobierno de Juárez, y corrían en la plaza como dinero. Multitud de franceses y otros extrangeros, así como de mexicanos, pedían esa declaracion, que los regentes se vieron precisados á hacer para evitar la perturbacion que resultaria si se detuviese repentinamente esa circulación.

El señor arzobispo creia que eso era una consagracion de la venta de los bienes eclesiásticos, la cual solo el Santo Padre tenia autoridad de hacer. En calidad de arzobispo, su conciencia y sus acciones dependian de la Santa Sede, y sin su autorizacion nada podia hacer, á nada podía prestarse, sin incurrir, á sus ojos, en una grande responsabilidad. Hecha por S. I. una cuestion de conciencia, santuario en que no nos es dado penetrar, el Sr. Labastida se alejó de la regencia; pero, siempre digno y caballero, siguió en buenos términos con sus dos colegas, que por su parte le siguieron tratando y estimando como se merecia.

Esta cuestion produjo ademas un disgusto con el tribunal supremo de justicia, á causa de la opinion que sobre ella dió á los jueces; y ante la actitud

de sus miembros, que tambien lo hicieron caso de conciencia, la regencia se vió en la triste necesidad de nombrar otros magistrados que compusiesen ese tribunal.

Al dictar la medida sobre los *pagarés*, la regencia, sin embargo, no prejuzgaba la cuestion; lo que hacia era ceder á una imperiosa necesidad y satisfacer ademas los deseos de la Francia, en donde se presentaba ya al nuevo poder como entregado al retroceso. La cuestion quedaba, pues, intacta para que la resolviera el nuevo soberano. Así lo comprendió el mismo archiduque desde Miramar, cuando en 8 de Diciembre de 1863 nos escribia: «Estoy aún muy poco al corriente de todos los elementos de que se compone la cuestion tan compleja de los bienes eclesiásticos, para poder juzgarla. Pero á primera vista, y salvo mejor opinion, me parece que las decisiones tomadas no son de una naturaleza que puedan alarmar ningun interes, pues que ellas no prejuzgan la solucion definitiva que se adoptará en su dia.»

El éxito de las operaciones militares cundia rápidamente por todos los puntos en que se presentaban, ya las tropas mexicanas, ya las francesas, que al mando del general Bazaine habian salido de México llegando hasta Guadalajara. La division de Mejía ocupó Querétaro y Guanajuato, y el general Márquez alcanzó un señalado triunfo al rechazar en Morelia

á las fuerzas republicanas que mandaba el general Uraga. Mejía tomó en seguida á San Luis Potosí, batiendo al general republicano Negrete.

Las tropas imperiales y las francesas eran recibidas con gran entusiasmo en todas partes. Un oficial del ejército francés escribió á Paris una carta que publicó *La Patria* del 3 de Febrero, en que decía:

«En todas partes repican las campanas á nuestra llegada: estamos fatigados de recibir coronas y flores.

Juárez se había refugiado en el Saltillo. Ya en San

Luis Potosí había tratado de formar un ministerio, el cual había dirigido á las potencias amigas (¿cuáles?)

una nota sobre los últimos acontecimientos de la capital, y un decreto declarando los que debían ser considerados como traidores.

Durante el mando de la regencia volvieron al país los obispos desterrados, siendo recibidos en todos los puntos del tránsito hasta la capital con vivas y obsequios espontáneos.

En Veracruz se presentó también el general Santa-Anna. Siguiendo el sistema de tolerancia, se le permitió desembarcar; pero se le hizo firmar antes la promesa de no dar proclamas, según su antigua usanza, pues había concluido esa época, y solo se permitía á las autoridades constituidas. Firmó el general lo que se le pedía y desembarcó; pero al llegar á Orizava publicó un manifiesto, lo cual autori-

zó á dictar la pronta medida de reembarcarlo para la Habana. Desde 1861 había querido este famoso general aprovecharse de la intervencion para volver á México á ver si se le ponía en el mando; pero lo que no teníamos confianza en él, nos opusimos con éxito á que ocupase el puesto que tan cuerdate se dió al general Almonte, y lo alcanzamos á pesar de los esfuerzos de un compatriota nuestro que, sorprendida su buena fé, abogaba por él. Empezó ese general por reconocer en 1861 al archiduque y ensalzarle; luego, viendo que no se le ocupaba, se declaró por los republicanos, y así estuvo yendo de un lado á otro con proclamas violentas y contradictorias, sin que nadie quisiese recibirle.

Nombrado Forey mariscal de Francia, volvió á ella, entregando el mando al general Bazaine, y al partir dirigió una sentida despedida á los mexicanos. Antes de salir escribió al emperador Napoleón en 14 de Setiembre de 1863 lo que vamos á copiar como la justificación mas completa y satisfactoria de nuestras predicciones:

«Bien que la mayoría de los Estados no haya dado aún su adhesión al voto de la asamblea de notables, esta adhesión puede considerarse como efectiva. Basta para convencerse de ello, el ver lo que pasa allí donde los soldados de Juárez han dejado el puesto á los nuestros.

«En el momento que las poblaciones se ven libres

del temor de los primeros, vienen hácia nosotros con entusiasmo, y sin que tengamos necesidad de pedírsela, su adhesion no se hace esperar.

« Ni siquiera es necesaria la presencia de nuestras tropas; basta que los juaristas no estén ahí para ejecutar sus venganzas, para que la monarquía sea proclamada.

« El número de las localidades que la reconocen aumenta cada día, sin presion alguna por parte nuestra; y como es fácil juzgar de la opinion de las provincias en que no flota aún nuestra bandera, por la que anima á los que pueden comparar el régimen actual con el antiguo, es menester concluir de esto que el día en que nuestros soldados aparezcan en el interior, donde se les llama á gritos como á libertadores, todo el país con raras excepciones, aclamará al nuevo gobierno y á su augusta jefe.

« Los habitantes de las ciudades que poseen y que, como en todos los países del mundo, viven de orden y de paz, nos acogen con felicidad y nos cubren de flores; pero los cuarenta años de desorden, de anarquía, de guerras civiles que han acabado el país, lo han llenado de gentes que se han puesto fuera de la sociedad, y que encuentran mas cómodo vivir de robos, y de saqueos, que ganar su vida trabajando. »

CAPÍTULO IV.

Protestas pacíficas de los Estados-Unidos.—Su guerra civil.—Hostilidad al imperio del ministro en Londres.—Explicaciones de los Estados-Unidos.—Alarmas de estos sobre las intenciones de Francia.—Piden explicaciones.—La Francia las pide á su vez.—Actitud de los Estados-Unidos.—Voto de la cámara de representantes.—Vuelve á aquellos el ministro acreditado cerca de Juárez.—No reconocen á Maximiliano.

Ya se recordará que los Estados-Unidos se negaron á tomar parte en el convenio de Londres. El gobierno y el pueblo de la Union han sido siempre hostiles á todo lo que pudiese salvar la nacionalidad mexicana; si bien es justo reconocer que hay muchos ciudadanos distinguidos en aquel país que se oponen á nuevas adquisiciones de territorio, y que aun han sido favorables al establecimiento de una monarquía en México.

La intervencion europea se decidió y llevó á cabo en los momentos en que los Estados-Unidos se hallaban entregados á una gigantesca guerra civil; pero esta circunstancia no influyó, como se ha creído, en aquella empresa, ya que esta no tuvo origen en el estado en que se encontraba México; así que la Europa no eligió la época de intervenir, sino que se creyó forzada á ello.